

BOUKHARINE, N. (2010) *L'économie politique du rentier. La théorie de la valeur et du profit de l'école autrichienne (Critique de l'économie marginaliste)*; París; Éditions Syllepse.

Publicada por primera vez en 1919, *La economía política del rentista* conserva a día de hoy un interés que va mucho más allá de lo meramente histórico y que tampoco se reduce al que pueda despertar la figura de su autor. Dirigente destacado de la revolución soviética y víctima más tarde de las purgas estalinistas, Nicolai Bujarin fue asimismo un notable pensador, en especial en el campo de la teoría económica. En su condición de tal, contribuyó precisamente con esta obra a la crítica de la escuela neoclásica, y, más en concreto, del marginalismo austriaco, desde una óptica marxista. En la medida en que este enfoque neoclásico detenta en la actualidad una posición hegemónica en el mundo académico, pero en la medida también en que es objeto igualmente de un claro cuestionamiento por parte de las diversas corrientes “heterodoxas”, los argumentos recogidos en este texto pueden enriquecer los nuevos debates y pueden hacerlo sobre todo desde el momento en que reposan sobre una confrontación explícita y sistemática entre los principios fundamentales de los planteamientos marxista y marginalista. Por todo ello, resulta muy de agradecer que este libro haya vuelto a ser reeditado en francés después de casi cuatro décadas y sería también de desear que ocurriera otro tanto con la vieja versión en castellano de Editorial Laia de 1974.

Bujarin inscribió su trabajo en el marco de la ya larga polémica que enfrentaba a marxistas y marginalistas desde hacía más de veinte años y cuyo episodio estelar había venido dado por el duro ataque de Eugen von Böhm-Bawerk contra *El Capital* de Marx y por la no menos dura respuesta que había encontrado a manos de Rudolph Hilferding. En el curso de su discusión, ambos autores se habían remontado hasta la contraposición fundamental entre el subjetivismo del marginalismo y el objetivismo del marxismo, entre la visión más individualista y universalista del primero, dirigido a establecer una psicología específica del agente económico, que habría de traspasar las fronteras entre las distintas sociedades y los distintos períodos históricos, y el enfoque más sociológico e historicista del segundo, interesado en analizar el hecho económico como un proceso colectivo, cuya lógica interna trascendería la psicología individual, al tiempo que iría cambiando también en función de las distintas etapas históricas. Con ello, el valor de todos estos debates acabó desbordando los límites estrictos de la teoría económica hasta abarcar una serie de cuestiones centrales para las ciencias sociales, tales como las relaciones entre lo individual y lo social y el estatuto epistemológico de las abstracciones científicas. Bujarin prosiguió en cierto modo con la labor de Hilferding, tomando de nuevo a Böhm-Bawerk como su principal adversario. Sin embargo, en vez de ponerse a responder punto por punto a las objeciones de este último, como había tenido que hacer su predecesor, él procedió, con más libertad, a una crítica de conjunto del marginalismo. Abordó sus fundamentos sociales, las concepciones

generales sobre las que se asentaba y su metodología y a cada paso desplegó una extensa erudición y una llamativa capacidad para el análisis crítico. Por desgracia, y como es común en este tipo de empresas, a menudo se dejó llevar en exceso por su afán de aniquilar intelectualmente a su contrario, lo que le impidió apreciar el valor de algunas de sus propuestas e indagar en los modos en que podrían completar su propio planteamiento teórico, sin que ello supusiera incurrir en ningún eclecticismo fácil.

Para Bujarin, y así lo refleja en el propio título de su libro, el marginalismo, en cuanto que teoría económica, no hace sino desarrollar en el plano intelectual una serie de actitudes vitales que son propias, en especial, de ese sector de la clase capitalista integrado por los rentistas y los especuladores. Tal y como lo señala él de manera explícita, “la psicología forma siempre la base de la lógica, los sentimientos y disposiciones determinan la marcha general del pensamiento” (p.52). Por ello, para entender cualquier planteamiento teórico es preciso comenzar por localizar los intereses y las actitudes de sus seguidores, determinados, a su vez, por la posición que estos últimos ocupan dentro de la estructura social. Partiendo de esta concepción, de expresa raigambre marxista, nuestro autor aventura algunos de los posibles fundamentos sociológicos del enfoque marginalista. El hecho de que se trate de un análisis muy somero, en donde tiende a predominar el trazo grueso, no le impide en absoluto proponer algunas conexiones de un gran interés. El extremado individualismo y subjetivismo del marginalismo puede remitirse, así, con facilidad al aislamiento del sujeto propiciado por el sistema mercantil. Del mismo modo, su énfasis en el consumo, en contraste con la prioridad otorgada por los marxistas a la producción, se explicaría por la mentalidad típica de quienes viven desvinculados de los procesos productivos en sí, cosa que no le ocurre, en cambio, al capitán de industria clásico, y se manejan únicamente con oportunidades abstractas de inversión o con ofertas variadas de consumo. En suma, el marginalismo sería fruto de una peculiar perspectiva social, que propiciaría una característica desatención hacia lo colectivo y lo productivo. No obstante, aún aceptando esta proposición en sus líneas maestras, nos parece que habría que preguntarse si, pese a todas estas carencias, esta particular perspectiva no puede también agudizar la visión con respecto a ciertos fenómenos en concreto. Así ocurriría justamente con la psicología propia del consumidor y del especulador. Una cosa es pretender entender la totalidad del sistema económico a partir de la misma, al modo marginalista, y otra muy diferente servirse de ella para esclarecer algunos aspectos parciales de este sistema, sobre todo cuando éstos no han hecho más que cobrar importancia desde que se escribió este libro, como es el caso del consumismo y las distintas modalidades de especulación financiera.

De cualquier manera, y en ello insiste el propio Bujarin, la explicación sociológica de una teoría, la revelación de sus “sesgos de clase”, no permite por sí misma calibrar sus méritos científicos. Éstos han de ser establecidos mediante una crítica “interna” de la teoría en cuestión. A esta tarea es a la que consagra la parte más voluminosa de su contribución, en la cual hace de la crítica al individualismo, al psicologismo y al subjetivismo el eje de toda su argumentación. El principal problema de este individualismo metodológico radica en su afán por construir teorías

de presunto alcance universal a partir de una psicología abstracta, desentendiéndose del contexto social concreto. Este método deriva en un intenso formalismo. La teoría resulta demasiado genérica en relación con las realidades sobre las que se aplica, por lo que frecuentemente desemboca en generalidades de lo más trivial. Asimismo, y como era de esperar, el sujeto universal con el que se trabaja no es otro que el viejo *homo oeconomicus*, egoísta y racional, si es que no el mero especulador y consumidor de rentas al que estos autores parecen sentirse tan cercanos. De resultas de esta amalgama, estos modelos particulares de individuo se ven universalizados y asimilados al ser humano puro y simple, con lo cual quedan sin explicar y reciben esa legitimación propia de aquello que se nos aparece como puramente natural. Al tiempo, las realidades sociales distintas del capitalismo moderno quedan distorsionadas al proyectarse sobre ellas unos elementos cuya presencia real en su seno sería bastante discutible, como ocurriría, por ejemplo, con el cálculo económico en su sentido más estricto. La operación de prestidigitación ideológica se hace, pues, patente. La manifestación más extrema de todo este individualismo a-histórico vendría dada por esa inclinación tan visible entre los marginalistas a teorizar a partir de individuos abstractos colocados en situaciones extremas, como sería el caso del célebre caminante sediento en medio del desierto y dispuesto a pagar lo que fuese por un trago de agua. Con ello, no se estaría sino llevando a su máximo extremo ese método de la “robinsonada”, ya denunciado por Marx en su tiempo, con arreglo al cual se tomaba como punto de partida a unos personajes imaginarios viviendo en algún pasado indeterminado, cuyos primeros acontecimientos habrían marcado, sin embargo, toda la historia ulterior de la humanidad. Así es como han procedido los padres del pensamiento liberal en el ámbito político y económico. En todos estos casos lo social pierde densidad y queda reducido a una mera emanación de unos procesos psíquicos estrictamente individuales.

Bujarin profundiza en esta cuestión con gran acierto y diversos ejemplos y pone de manifiesto los límites de toda esta metodología. Empero, aun asumiendo lo acertado en su conjunto de todas estas críticas, ello no significa que este método psicologista no pueda rendir buenos servicios siempre y cuando sea manejado con prudencia. Después de todo, el individualismo abstracto sobre el que se reposa no deja de reflejar ciertos aspectos reales de la condición humana en el seno de la sociedad capitalista. Si, por ejemplo, pretendemos analizar el fenómeno del consumo, ciertamente no podemos hacerlo sin tomar en cuenta factores como la evolución de las tecnologías, las necesidades empresariales y demás. Pero, siendo todo ello verdad, también lo es el que un momento particular de todo este proceso global viene dado, asimismo, por las elecciones personales que realiza el consumidor, cuyo análisis ha de tener en cuenta el aspecto psicológico de las mismas. Esta última dimensión no puede ser correctamente abordada del modo abstracto y pseudo-universalizante de los marginalistas. La psicología de los individuos está socialmente conformada y varía de acuerdo con el contexto social concreto. Por ello, a la hora de introducirla dentro de un análisis social es preciso ir más allá de esa serie de principios abstractos con los que tan frecuentemente se trabaja. Pero hacerlo supone enriquecer, y no negar, el análisis más habitual entre los economistas. Y es más,

aunque este sujeto racional y egoísta pierda mucha de su universalidad y aplicabilidad directa, adquiere ahora una nueva funcionalidad, en cuanto que patrón de comparación con los modelos de sujeto ya más concretos que se vayan a ir elaborando.

Sobre la base de toda esta discusión teórica y metodológica, Bujarin aborda también la oposición entre las teorías marxista y marginalista acerca del valor. Esta cuestión constituye un problema central para ambas teorías, así como para cualquier otra que no se conforme con un pragmatismo de cortos vuelos. La razón de esta centralidad estriba en que en una economía capitalista el valor, es decir, el fundamento último de los términos de intercambio entre las diferentes mercancías, resulta clave para entender otras cuestiones como la dinámica general de todo el sistema y el origen del beneficio, lo cual, a su vez, determina el modo en que se abordan problemáticas como las de la explotación, la dominación y las clases sociales. Y tratándose de un elemento tan importante para ambas teorías, se comprende que se encuentre tan íntimamente relacionado con sus principios teóricos y metodológicos más básicos. Sabido es que la teoría marxista remite el valor de una mercancía al tiempo de trabajo (abstracto) socialmente necesario para su producción. El marginalismo lo explica, en cambio, en función de su utilidad marginal para el consumidor. Nos encontramos, pues, con dos enfoques, en principio, claramente enfrentados. El uno se asienta sobre la producción y la oferta y el otro sobre el consumo y la demanda. Bujarin, al igual que antes que él Hilferding, argumenta de manera muy convincente que la teoría marxiana del valor suministra las bases para entender la dinámica general del capitalismo y su estructura de clases, sobre la base de la articulación entre distintos tipos de trabajo, lo que constituye, desde luego, un enfoque muy realista. Asimismo, permite vincular la evolución de los precios, y por lo tanto, la de todo el sistema desde un punto de vista global, con los adelantos en la productividad y, en consecuencia, con los progresos de la técnica. Habría que añadir, por último, que esta teoría se articula además con toda una antropología filosófica basada en el concepto de praxis. Esta misma visión de conjunto es imposible de obtener a partir del concepto de utilidad marginal decreciente. Las elecciones que presuntamente realizarían los agentes económicos sobre la base de la misma se hacen siempre tomando como referencia los precios ya existentes, precios determinados indirectamente por su valor-trabajo. Es lo que ocurre cuando se vacila entre comprar un determinado objeto o sustituirlo por otro. De ahí que sea imposible comprender a partir de la mera utilidad subjetiva el funcionamiento global del sistema.

Hay que tener en cuenta además que Böhm-Bawerk postulaba una determinación prácticamente exclusiva del precio por la utilidad, lo que le llevaba a incurrir en todo tipo de excesos. Negaba, por ejemplo, que la evolución en los costes de producción de una determinada mercancía tuviera algo que ver con la de sus precios. En su opinión, cuando, por ejemplo, un adelanto técnico incrementaba la facilidad para obtener una determinada materia prima y poco después el precio de la misma disminuía, la razón estriba, en realidad, en que el incremento de los productos fabricados con ella habría reducido su utilidad marginal por unidad, lo cual habría

propiciado, a su vez, una rebaja en sus precios, que, después, habría acabado transmitiéndose a la propia materia prima. Lo retorcido de esta argumentación y su contraste con numerosas evidencias empíricas la vuelven muy difícil de admitir. Esta misma tendencia hacia los razonamientos basados en el desdén puro y simple hacia un gran número de hechos evidentes y en la generalización de situaciones aceptables, a lo sumo, como excepcionales, se muestra todavía más claramente en su intento de explicar, y legitimar, el origen del beneficio. La argumentación del líder marginalista comienza con una distinción entre dos tipos de bienes, los actuales y los futuros. Los actuales satisfacen directamente una necesidad de consumo. Los bienes futuros son, en cambio, aquellos que lo hacen indirectamente, como los medios de producción y el trabajo. Estos últimos bienes tienden a ser valorados en menos que los actuales, ya que su utilidad es menos perentoria. Por ello, el trabajador vende al empresario su trabajo por una cantidad menor de bienes actuales de aquella que éste obtiene luego gracias al mismo. En esta diferencia reside la base del beneficio. Pero, como apunta Bujarin, se está haciendo reposar, así, este beneficio sobre una serie de supuestos psicológicos como mínimo dudosos, obviando, por contra, el hecho evidente de la dependencia social del trabajador con respecto a su empleador, la cual le obliga a aceptar un salario inferior al valor total generado por su trabajo.

El carácter alambicado de todos estos razonamientos marginalistas es más que manifiesto. Pero, una vez más, y continuando con el tenor de nuestra propia argumentación, ello no priva de toda su pertinencia al concepto de utilidad marginal, ni lo vuelve tampoco radicalmente incompatible con la teoría del valor trabajo. Sencillamente, se trata de definir el nivel de aplicación específico de cada uno de estos dos conceptos. El valor fundamentado en el trabajo constituye la piedra angular sobre la que se puede construir una visión de conjunto del capitalismo. A este nivel de abstracción, resulta plenamente acertada la decisión de Marx de reducir el valor de uso a una mera condición necesaria para que la mercancía pueda ser intercambiada y pueda realizar así su valor. Pero cuando nos aproximamos más a la realidad concreta y, por lo tanto, a los precios reales, las variaciones en la utilidad ayudan a entender mejor las oscilaciones que sufren estos precios. Así pues, ambos planteamientos pueden conciliarse. Simplemente, es preciso distinguir con claridad el nivel analítico del valor y el del precio, más concreto, determinado en gran medida desde el del valor, pero en el cual participan también otros factores, como el de la utilidad. En este segundo nivel no nos basta ya con tomar la utilidad, el valor de uso, como algo que puede darse o no. También puede hacerlo en distintos grados y ello determinará entonces, a igualdad de condiciones, que el valor contenido en la mercancía se realice en su precio en una u otra medida. Con todo ello se abren algunas interesantes líneas de reflexión. De una parte, se enriquece la cuestión de las transformaciones de los valores en precios, que tantos quebraderos de cabeza ha dado en el último siglo a los economistas marxistas. De la otra, ayuda a entender mejor la gestación de los beneficios extras, derivados de las alteraciones de los precios, que se añaden con mucha frecuencia al plusvalor en un sentido estricto. Por todas estas razones, un análisis de la utilidad subjetiva, que la aborde como un fenómeno social,

y no meramente individual, y tome en consideración las distintas formas en que puede presentarse en distintos colectivos, presenta enormes virtualidades, en nuestra opinión, pero a condición siempre de reconocer su papel secundario. A modo de conclusión, podemos decir entonces que el valor de un análisis como el de Bujarin reside no solamente en toda su aportación crítica, tan importante en estos tiempos de hegemonía neoclásica, sino también asimismo en toda la reflexión que puede propiciar en el lector y que puede contribuir a superar un cierto sesgo unilateral en su enfoque. Ambas razones lo vuelven doblemente valioso.

Juan Ignacio CASTIEN MAESTRO  
jicastien@hotmail.com